

HISPANIA



SUMARIO

PORTADA	por Alejo Clapés.
CABEZA DE ESTUDIO	por Julio Borrell.
PESCA DE ESQUILAS EN CANDÁS	por El Conde de las Navas; ilustración de D. Baixeras.
PRIMERA COMUNION	por J. Sardá.
LA MISSATJERA MES SEGURA.	por J. Maragall.
PRÓLOGO DE UN LIBRO	por Juan Buscón.
LA FIESTA DEL ARBOL.	



CABEZA DE ESTUDIO
COMPOSICION DE J BORRELL

PESCA DE ESQUILAS EN CANDÁS

(MARINA)



La tarde antes, Laina, asomada al corredor, había hecho una seña á Mafañera deteniéndole al obscurecer, cuando él iba á la botica por un brebaje para la Señora Higinia, su excelente ama.

Aguardó el mozo, bajó la joven y dando ambos la vuelta á la fábrica de escabeches, ocultos en la calleja vecina, llena de *llamurga*, (1) convinieron, en un dos por tres, en todos los pormenores de la expedición, tantas veces proyectada.

Aquella noche, Mafañera, tendido en su miserable colchoneta sobre las duras losas de la cocina de la fábrica, y junto á un rímero de *paras*, que goteaban *salmoría*, (2) creíase acostado en los mullidos y riquísimos almohadones de *El Gran Turco* y no pudo pegar los ojos.

¡Pescar esquilas á solas con Laina!

¡Madre de mí alma... que me muera luego... ¿y qué?

Provisto de un precioso *truef*, (que él mismo había construido con fina malla, con un trozo de alambre de telégrafos y con una vara de avellano muy derecha), tan cuco, que más que arte de pesca parecía manga para cazar mariposas; de un *tangarte* (3) nuevecito, en cuyo fondo relucían tres sardinas frescas, y del gancho para los pulpos, por si acaso sorprendía alguno adherido á las peñas, arrimado al paredón, defensa de la carretera, al pie de la rampa que hay más allá de los baños, estaba agazapado Mafañera, á las ocho de la mañana, dándole el corazón tan grandes latidos, que parecían crujirle las costillas.

¿Acudiría la joven á la cita?

¿Habría querido, como otras veces, darle una broma pesada?

No, que tan gentil como *La Princesa Delgadina*, requebrada por su propio padre, según rezan los viejos romances asturianos, apareció la joven en lo alto de la rampa.

Venía vestida con airosa falda de percal rameado, á media pierna, traía los menudos pies, que apenas posaba en el suelo, calzados con zapatitos de lona, un pañuelo rojo de seda anudado al cuello, la cintu-

ra rodeada por un galón azul oscuro, la blusa del mismo color y un sombrerillo de palma, en forma de cubilete y á listas rojas y blancas, así como las medias.

El mozuelo que, con la baba caída, veía á la joven de arriba abajo, como á imagen suspendida en las nubes, abarcando en un instante y de una sola mirada aquel que le parecía conjunto de perfecciones, no pudo contener un grito de júbilo y silbó agudamente para llamar la atención de su ídolo.

Laina bajó la cuesta disparada y sin perder un segundo, sin hacer caso de las protestas de Mafañera que quería llevar todo el peso de los útiles de pescar, se apoderó del *truef* y del *tangarte*.

Loca de alegría, comenzó á correr por el *pedreo* escudriñando el terreno.

Por fin, después de mucho ir y venir, entre los innumerables pozuelos que al bajar la marea habían quedado llenos de agua salada, dió con uno de su agrado y junto á el se instalaron, sin consentir la muchacha sentarse sobre la blusa de Mafañera, doblada á modo de almohadón.

El agua del charco estaba tan clara como si hubiese pasado por un filtro Pasteur. En el fondo, asombrado por las rocas, nadaban las esquilas semejantes á los finísimos caprichos de cristal que á la vista del visitante construyen en las fábricas, con el candil soplete. Encogiéndose y alargándose, hendían las aguas, sin alterarlas, aquellos extraños animalejos, nadando hacia adelante y hacia atrás, desde el fondo á la superficie y desde esta al fondo: se distinguían á la simple vista las finas líneas de color vívido que en sentido horizontal rodeaban su trasparente cuerpecillo, sus delgadísimas antenas, sus ojitos como puntas de alfileres y sus dobles parejas de patas. Aquellas esquilas eran *de sombra*, casi langostinos, y algunas tenían á un lado de la cabeza como una inflamación semejante al haba de las algas marinas que crecían en el fondo de la poza.

Mafañera, con su navajilla, partió en tres pedazos iguales una sardina, atravesó un bramante como diámetro en la circunferencia de la boca del *truef* y, en el centro de la cuerda, ató el cebo de forma que no quedase muy somero, sino algo hundido en el vacío del aparejo.

Así dispuesto, por el mango y con galante ademán, lo ofreció á Laina.

—Aguarda un poco,—dijo ella, acomodándose bien en la peña bordada de millares de *xorreros* (ca-

(1) Lodo sucio y fétido.

(2) Salmuera.

(3) Cubito de madera.




rito que flotaba en el pozuelo: algunas hebras de endrina hicieron cosquillas al mozo en la frente y sintió hervir su sangre, con el panizal (1) de la sidra al escanciarla.

Entonces, quiso hablar para verse libre del peso de algo que llenaba su corazón hacia tiempo; pero la ruidosa carcajada de Láina, que había recobrado el sombrero, le cortó el aliento.

Por fin, fué sumergiendo aquella el truel en la poza poco á poco, mientras Mafañera, para atraer á las voraces esquilas, silbaba en forma semejante á la que

se emplea para animar al ganado en el abrevadero. Princiáron aquellas enseguida á nadar en torno de la red por su parte externa, clavando los ojos en el pedazo de sardina, brillante como plata bruñida. Visto que por allí no conseguían picar, siempre recelosas, se echaron en brazos del peligro é iban y venían, por encima de la boca del truel, del centro á la circunferencia y viceversa, tratando de morder en el apetitoso cebo y salirse de la jurisdicción de la malla en un rapidísimo movimiento de avance y retroceso combinados. Como alguna lograrse su propósito, sin que el aparejo de pesca se moviese, las otras se confiaron más. Mafañera, sumamente práctico en tales escaramuzas, dirigía la maniobra.

—Tira pa fuera, que ya están seguras: una, dos, tres... aguarda, aguarda. ¡Dios; esa que grande! ye (2) un llangostino. (3) ¡Ahora!

Y los animalejos saltaban dentro del truel como la langosta terrestre, devastadora de los campos.

Alguna esquila, sobre todo al meter la mano en el aparejo para trasladarlas al tangarte, lograba salvar la red por lo alto y caer de nuevo en la agitada charca.

Cien veces se repitió la faena: en el barrilillo, casi mediado, bullía un enjambre de esquilas cubierto con oclas; (4) pero Láina no se saciaba y vuelta á zambullir el truel en el pozuelo.

La aparición entre las quiebras del peñasco frontero, asiento del mozo, de un cangrejo negruzco que avanzaba de costado, distrajo á la niña, un momento, arrancándole la más alegre exclamación.

—No vale pa ná—dijo Mafañera en tono depreciativo, respondiendo al deseo de la joven apenas formulado—ye prieto, cangrejo de tierra, no matri-

racolillos no más grandes que los cañamones), de musión, de llamparas (1) y de bigarus: (2)—aguarda, no quiero mojarme los zapatos y he de pescar hoy á mí gusto; pero vuélvete de espaldas hasta que yo te avise, ¿eh?

Y cruzándose una pierna sobre la otra, se quitó en un instante los zapatitos y las medias.

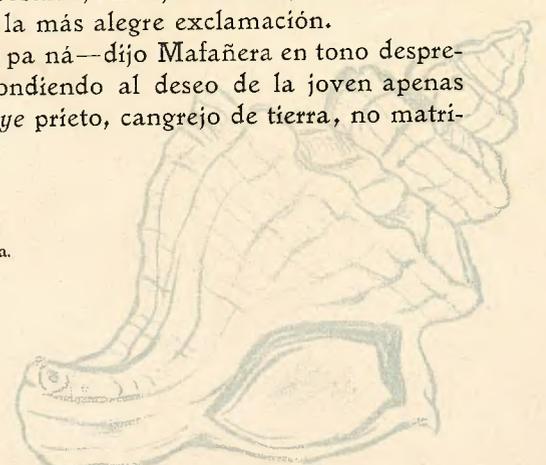
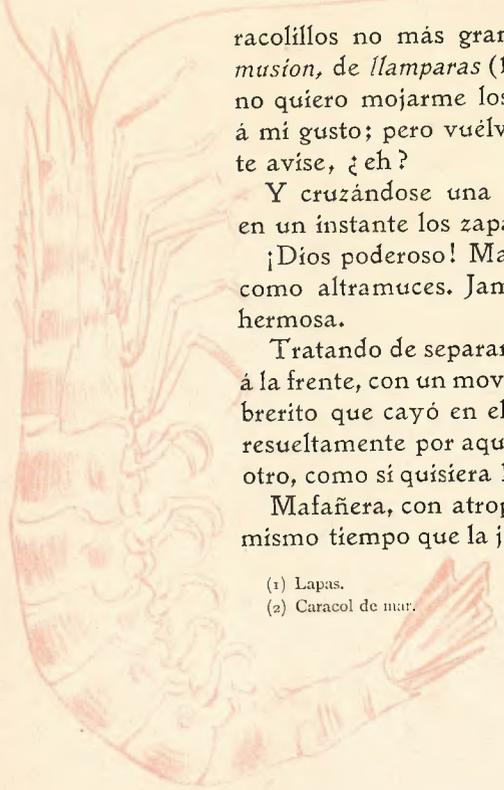
¡Dios poderoso! Mafañera sudaba gotas tamañas como altramuces. Jamás había visto á la joven tan hermosa.

Tratando de separarse los cabellos que se le venían á la frente, con un movimiento brusco, derribó el sombrero que cayó en el agua, y la brisa, metiéndose resueltamente por aquellos, los agitó de un lado para otro, como si quisiera lucir su negrura y abundancia.

Mafañera, con atropellada solicitud, se inclinó, al mismo tiempo que la joven, en demanda del sombre-

(1) Lapas.
(2) Caracol de mar.

(3) Hervor.
(4) Es.
(3) Langostino.
(4) Hierba marina.



culado—¡Qué me maten, si no hemos de aferrar una píaña, (1) esas sí que mucho bien saben!

Como tuviesen aquel ya agotado, cambiaron de pozo los pescadores.

Conviene advertir que, á más de las esquilas, y sin variar de aparejo, llevaba pescados ya Láina dos *pínxapos escamones*, una *sueya* y una *barbada* (2) pequeñita que cayó por haberse distraído comiendo una *xorra*. (3)

El nuevo estanque estaba situado en el centro de una especie de torre formada por las más altas rocas del *pedreo*; (4) de suerte que, desde las más bajas, á las que llegaron los pescadores entrando por una abertura á modo de saetera, no se veía ni mar ni tierra, sino, tan solo, un girón del cielo.

Antes de entrar en aquella especie de reducto, Mafañera, que caminaba detrás, se fijó en que la marea iba subiendo y llamó la atención de Láina. La rampa que unía la playa con la carretera estaba lejos; y si el agua llegaba á cubrir la arena libre entre las rocas, sería muy difícil ponerse en salvo.

Pero la joven no se cansaba nunca, aunque ofreció detenerse muy poco. Para ganar tiempo había vuelto á calzarse.

Á los pocos momentos de haber sumergido el *truel* sintió que tiraban de él con fuerza y vió aferrado al aro una especie de culebra con tentáculos. Láina retrocedió, presa de invencible repugnancia y á punto estuvo de abandonar el aparejo; pero se repuso cuando vió que Mafañera, armado del gancho, exclamaba contentísimo: ¡El pulpo, el pulpo!

Inútil fueron todos los recursos que el mozo empleó para enganchar al repugnante animal.

Cuando zambullía el gancho en el agua, con un pedazo de sardina clavado en la punta, el pulpo estiraba uno ó dos brazos hacia la ambicionada presa; pero con vista de lince, al más pequeño movimiento del pescador, volvía á ocultarse debajo de la peña. Irritado Mafañera y queriendo jugarse el todo por el todo, echó una sardina entera en la poza.

El pulpo arrastrado por el apetito, fué saliendo poco á poco hasta enseñar la cabeza y rápido como el pensamiento aferró la sardina, mientras el mozo, no menos listo, logró engancharle por uno de los brazos mayores.

Láina dió un grito de júbilo.

—Tira, tira, que te lleva, que te lleva... ¡se marchó... mira ha dejado en el gancho un pedazo del su cuerpo!

Mafañera, olvidándose por un instante de la joven, echó un terno tan grande como una boya y dió con el gancho tan tremendo porrazo sobre las rocas, que *estrapallo* (1) media docena de *llámparas*.

Y fué lo más original del caso, que como Aharón hizo brotar agua de la montaña al herirla con la vara milagrosa, no bien el iracundo mancebo perpetró aquella injusta venganza de que fueron víctimas inocentes las lapas, una ola furiosa azotó la especie de fuerte natural en cuya base pescaban los jóvenes, y, entrando por la saetera, los inundó de espuma.

Tan blanco como ella se quedó Mafañera.

— ¡Estamos perdidos! — exclamó Láina, con desesperación, cruzando las manos, mientras alzaba los ojos al Cielo.

— Todavía no,— repuso el mozo con acento anímosísimo,— ni que fuese *punta nablero*, (2) y también

(1) Cangrejo.

(2) Pescado del Cantábrico que sabe á trucha.

(3) Lombriz que sirve de carnaza para pescar.

(4) Playa bordada de rocas pequeñas.

(1) Machucó, hizo tortilla.

(2) Gran borrasca, galerna.



los he corrido y aquí me ves. No llores, *lucerin*. (1) Maldito pulpo, él tiene la culpa de todo ¡y cómo debe de estar amolando el diente el indino, con el buen almuerzo que va á quedarle! porque, para navegar, hay que largar el lastre de la tu pesca. ¡Lástima de *true!*... era tan guapo! ¡Agárrate firme, y el Santísimo Cristo nos valga!

Mientras que así se expresaba el mozo con notable ardimiento, después de haberse asomado por la tronera y abarcar con ojo de pescador en el Cantábrico las dificultades tremendas de la empresa que iba á acometer, obligó á Laina con un ademán imperioso á que montara sobre sus espaldas.

La joven no hizo la menor resistencia y después de santiguarse ella y de balbucear él, «adelante,» suspendiendo de sus brazos las piernas de la joven, salieron del escondite.

El mar cubría el *pedreo* casi por completo, ocultando ya las rocas más pequeñas y estrellándose con creciente furia sobre las mayores. Por muy andada que Mafañera tuviese la playa del Conexal, era difícilísimo acordarse de la situación exacta de todas las rocas perdidas bajo el agua, y, más que nada, sostenerse resistiendo los embates del oleaje. No pesaba mucho la esbeltísima Laina; pero, en tales circunstancias, parecía de plomo. El terror la obligaba á aferrarse al cuello de Mafañera con los brazos cruzados, sofocándole, y á hacerle perder el equilibrio, cuando ella se inclinaba violentamente hacia la izquierda huyendo de una ola, ó tratando de contrarrestar, al hacer contrapeso, el violento vaivén producido por el mal paso que daba el muchacho.

Las fuerzas de éste se iban agotando por momentos; un sudor frío inundaba su cuerpo, más mucho más que el agua salobre que le bañaba de pies á cabeza. La rampa, el ambicionado puerto de salvación, con estar ya casi al alcance de la mano, parecía huir de los jóvenes.

— Déjame encima de esta peña y ve tú solo á pedir auxilio; aquí no debe de subir nunca la marea, y podré resistir hasta la tarde que bajará; déjame, — gimió Laina, al notar que su heroico salvador flaqueaba, *añando* (2) como un beodo, mientras ella desprendiéndose de su cuello se agarró á la roca.

— ¡Dejarte yo! antes dejaré la mi vida..., respondió Mafañera, respirando con delicia, al aligerarle la joven de su peso.

— Si seguimos, el *cachon* (3) ha de vencerte y nos ahogaremos los dos sin remedio.

— ¡Ahogarte tú, Laina!

(1) Lucerito.
(2) Tambaleándose.
(3) Gran oleaje.

no lo permita el Cristo; antes me coman vivo los *canillones*. (1)

Una ola inmensa derribó á la niña, desde lo alto de la peña.

Mafañera dió un alarido, quiso ampararla; pero cayó también arrollado por el mar, entre unos pedruzcos, quedando ambos un momento bajo las aguas que ya les llegaban á medio muslo cuando se levantaron.

— No hay tiempo que perder: monta... y adelante, así... ánimo; no llores, que de esta líbramos y no han de *amentar* (2) por nosotros.

Habrían andado veinte pasos, cuando Laina sintió que un líquido tibio y más espeso que el agua salada le mojaba, á través de la blusa, el brazo izquierdo arrollado al cuello de Mafañera.

Un hilo de sangre manaba de la cabeza del muchacho, hasta caer en el mar; pero como si el peligro pasado redoblase las energías de Mafañera, avanzaba con paso cada vez más firme y con la aceleración que consentían los obstáculos multiplicados en el áspero camino.

Ahora, Laina era la animosa.

— Ya estamos: faltan solo cuatro pasos: aguarda, afirmate, que viene una grande... así: ya pasó.

... * * * * *
¡Gracias, madre mía, Virgen del Rosario, nos salvamos!

Pero ¿qué te pasa, *ñe*? (3) ¿Ahora vas á caerte? ¿No me oyes? Mafa! Mafa! ¡Dios mio! ¿No respondes á tu Laina que te quiere tanto?

Mafañera, que al soltar su preciosa carga al comienzo de la rampa, puerto de salvación, se había desplomado; abrió los ojos desmesuradamente y mirando á la joven con arrobamiento:

— ¡Madre de mi alma! ¿tú me quieres... me quieres, Laina?... me lo dijiste. ¿Ye la gloria en donde entré?... y volviendo á inclinar la cabeza, en brazos de su ídolo, perdió por completo el sentido.

El Conde de las Navas

(1) Tiburones.
(2) Rezar y llorar en la iglesia por los difuntos.
(3) Niño.



D. BAIXELLO, V.



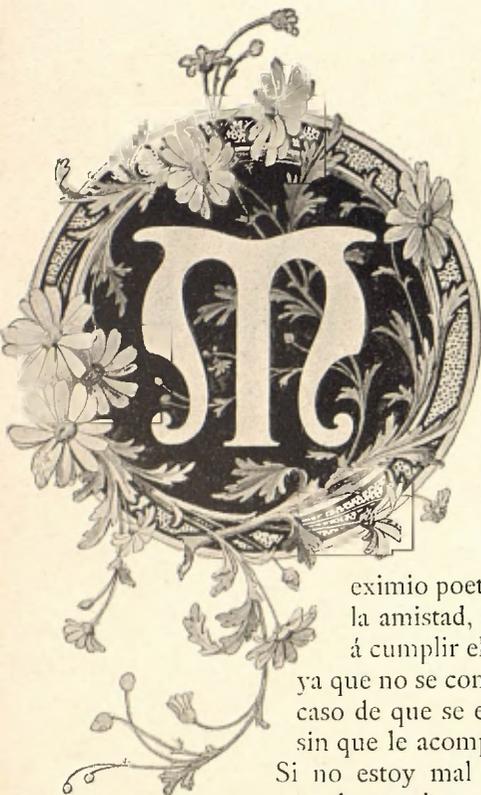
PRIMERA COMUNION
COMPOSICION DE J. SARDÁ

LA MISSATJERA MES SEGURA

- La missatjera mes segura
Del primé alè primaverai
Será, de totes les princeses,
La que té el cor mes virginal.
Aneu, princesa, aneu, ma filla,
Á n'el castell de vora el mar,
Y cuan vejeu la primavera
Enarboreu mon estandart. -
Á vora el mar la verge arriba,
Les ones venen, les ones van,
Unes ombrlues, altres brillantes...
Pro ella pensa: «Mes brillarán».
Á n'els seus peus les violetes
Tot just comensan á esclatar:
- Axis qu'arrivi la primavera
De mes flayroses n' há de badar».
Ja veu veni un vol d'orenetes
Per sobre el mar qu'el sol hi cau
- Mes ne vindrán - se diu la hermosa -
Cuan tot el cel será mes blau».
Una alenada d'aire tebi
Infla el seu pit tant virginal:
- Ay! mes á pier sospiraria
Si fos el vent primaverai».
De lluny, de lluny, de terra estranya
Arriva un príncep amorós:
- Si vos, princesa, m'estimessiu,
Jo os amaria mes á vós. -
Llavors als ulls de la donzella
Tot el cel blau há prèns color,
Tota la mar brilla que brilla,
Aucells y flors son cants y oior.
Ja sent qu'el vent de primavera
Li aixampla el pit, li mou el cor...
Puja á la torre, á la mes alta,
Y allí desplega el penó d'or.
Corre pel regne un crit de joya:
Devant del rey y de sa cort
La gent diu: «Visca la Primavera!»
... Mes la princesa: «Visca l'Amor!»

Joan MARAGALL

PRÓLOGO DE UN LIBRO (*)



excelente amigo, el distinguido escritor Don Nicomedes de la Trencilla, me dispensa el honor de solicitar un prefacio escrito por mi pluma pecadora, que encabece su precioso libro *Violetas y Galápagos*; y como no quiero resistir al placer de presentar tan

eximio poeta al público, ni desairar ruegos de la amistad, ahí van estos renglones, llamados á cumplir el compromiso y á llenar un vacío; ya que no se concibe, en estas modernas edades, el caso de que se eche á la calle un literato nuevo, sin que le acompañe su correspondiente lazarillo.

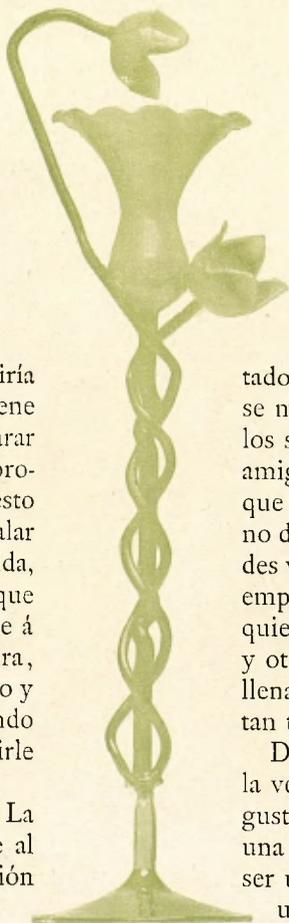
Si no estoy mal enterado, es costumbre en esta suerte de encabezamientos, meterse á discurrir con muchas honduras y en lenguaje más ó menos disimulado de dómíne, acerca del género cultivado por el autor á quien se presta uno, á servir de pregonero é introductor. Á tal efecto, será siempre conveniente hilvanar con académica seriedad algunas apreciaciones generales sobre la poesía, la novela, el cuento corto ó largo, etc., etc. — eso, según la naturaleza del libro — esforzándose el prologuista en demostrar que está enterado como nadie del asunto, que no le queda ya nada por aprender y que, á tener tiempo y espacio, diría cosas magníficas que, por el momento, tiene desgraciadamente que callarse. Con disparar de trecho en trecho algunas citas, que se procurará tengan relación con la obra, aunque esto no sea absolutamente necesario; con intercalar tal cual latinajo que venga á cuento y á medida, siquiera sea á ojo de cubero; con insinuar que la literatura va de mal en peor, y concederle á la postre, algún elogio al padre de la criatura, digo, al autor del libro, pero no elogio franco y declarado, sino con reticencias y hasta gastando un tonillo protector, no habrá más que pedirle el prefacio.

Puede este ser corto, mediano ó largo. La dimensión es particularidad que solo atañe al editor, al que paga de su bolsillo la confección externa, vamos al decir, del tomo. Y hago

aquí esta observación, porque lo que es leerse, los prólogos no se leen, sean ellos cortos, medianos ó largos. Lo cual ofrece al ciudadano que se presta á escribir uno, la inapreciable ventaja de la impunidad y hasta de la consideración pública. Son muchos los tratadistas, comentaristas y críticos cuya principal autoridad nace de un hecho negativo: el de no ser leídos por nadie: parécense en eso á muchas mujeres, cuya virtud no se le ocurre á ningún hombre poner en duda, porque no se encontró quien se aviniera á solicitarlas. Hasta cierto punto es, por lo tanto, preferible, que el prólogo sea largo, no solo porque así gana quien la escribe mayor consideración de sabio, sino también por adquirir más completa seguridad de que nadie va á meterse con lo que dice ó deja de decir.

Me afirma una persona perita y honrada, que por razón de persistentes insomnios se traga cada noche en vez del hidrato de cloral, una dosis de prefacio, con lo cual duerme ahora tan guapamente; afirmame, repito, que hoy día es gran costumbre escribir prólogos en que se atiende con preferencia á hablar, no de la literatura, sino del literato; no del género del libro, ni del libro mismo, sino de su autor, familiarmente considerado, y del cual se puede decir con simpática llaneza que es un buen muchacho, de indisputable talento, aunque inexperimentado, del cual se puede esperar mucho, si no se malogra, y tiene buen cuidado de escuchar los sapientísimos consejos que le da su sincero amigo, el prefacista mismo. (Eso último tiene que indicarse con mucho tino y como quien no dice nada.) Encuéntrale á ese sistema grandes ventajas y á él me atengo en esta mi actual empresa. Con hablar un poquito del poeta á quien me comprometí á presentar al público y otro poquito de su poético enjendro, habré llenado mi misión y quedará mi conciencia tan tranquila.

De Nicomedes de la Trencilla no puedo, á la verdad, contar gran cosa. Cuando tuve el gusto de conocerle — en una cervecería y á la una de la madrugada — me hizo el efecto de ser un infeliz. Pero él me aseguró, al cabo de un rato de conversación, que tenía mucho



(*) No se si este libro llegará á publicarse; á todo evento allá va el prólogo que debería apadrinarle.

talento, que había nacido para poeta, que á versificar con soltura y filosófica trastienda no le ganaba nadie; todo lo cual me dió elevadísima idea del chico, no obstante su aspecto bobo, porque de tales pormenores íntimos ¿quién mejor puede dar fé que el mismo interesado?... Declaróme en el seno de la intimidad, que la poesía lírica española andaba por los suelos y que conmovido él por tan inmerecida desdicha, habíase propuesto realzarla, intento nobilísimo que no pude menos de aplaudir. Añadió, que á su juicio ni Nuñez de Arce, ni Campoamor, ni Ferrari, habíanse mostrado á la altura de las circunstancias y afirmó por último, que la regeneración de la Musa Nacional solo era posible entrando de lleno en el cultivo del género «Simbolismo - decadente - musical - pictórico.» Género, me dijo, en que creo tener cierta superioridad.

Y para darme una prueba de ello, me acompañó hasta mi casa y bajo la lluvia que repicaba gordo sobre mi paraguas, no paró de recitarme los armoniosos infundios de su estro. Y á las tres en punto de la madrugada me soltó por fin, después de susurrar su última composición, un *Soneto-Sonata* verdaderamente delicioso, de pedirme tres pesetas y de suplicarme mi intercesión para entrar en una redacción cualquiera.

¡Qué muchacho tan simpático y tan espontáneo! — me dije, al subir, completamente mareado, las escaleras de mi casa. Al otro día, atendiendo al ruego del joven y eminente vate, visité á varios Directores de periódicos y tuve la suerte de que mi recomendado fuese admitido en *El Quejido del Contribuyente*, diario de gran circulación. Su Director, en vista de las notables disposiciones poéticas de Nicomedes, le acogió con los brazos abiertos y le confió el extracto de las Sesiones del Ayuntamiento.

— Si V. quiere lo haré en verso... — dijo con noble sencillez el nuevo redactor.

— No... no hay necesidad... — repuso su Jefe entre conmovido y admirado.

Asegurada ya holgadamente su existencia cotidiana — en *El Quejido* percibía mi recomendado treinta pesetas mensuales, sin descuento — pudo la Trencilla dedicar los ocios que le dejaba el periodismo, al comercio con las musas. Lo que ha llegado á escribir nuestro poeta en estos dos últimos años es asombroso; pero como no todo lo escrito es aprovechable, conforme él mismo confiesa, decidióse, hace unos días, por seleccionar, entre sus infinitas

composiciones, las que más acabadas le parecen y que mejor responden á su artístico ideal. Y de esa selección ha nacido el libro que tengo la honra de apadrinar.

¿Qué diré, ahora, de esta recopilación de poesías, inspiradas en un criterio novísimo, fuera de los archi-usados moldes en que nuestros mejores vates encerraron los frutos de sus lirás?... No diré nada: mi aplauso podría parecer hijo del cariño y como tal, parcial. Prefiero callarme y dejar al lector árbitro independiente y juez de sus impresiones estéticas, sin sugestión alguna. Séame solo permitido advertirle, que vá á encontrarse con una poesía nueva en España, con un género desconocido: que la sensación primera que experimentará al leer *Violetas y Galápagos* será algo

así como un embrutecimiento; pero embrutecimiento impregnado de arte y de idealismo. Hay que reconcentrarse y establecer un divorcio completo entre las tradiciones del pasado y las aspiraciones del presente, para comprender y saborear las infinitesimales bellezas, las recónditas delicadezas, preñadas de un esteticismo sutil que avaloran ciertas poesías de mi amigo Nicomedes, como por ejemplo *La Sinfonía del cinife* ó el exquisito poemita de *La ninfa y el burgués*; no se sabe con frecuencia lo que quiso expresar el autor, y por mi parte, no he podido todavía, por ejemplo, descifrar el inefable misterio condensado en aquella lindísima *Improvisación pastoril* que empieza así:

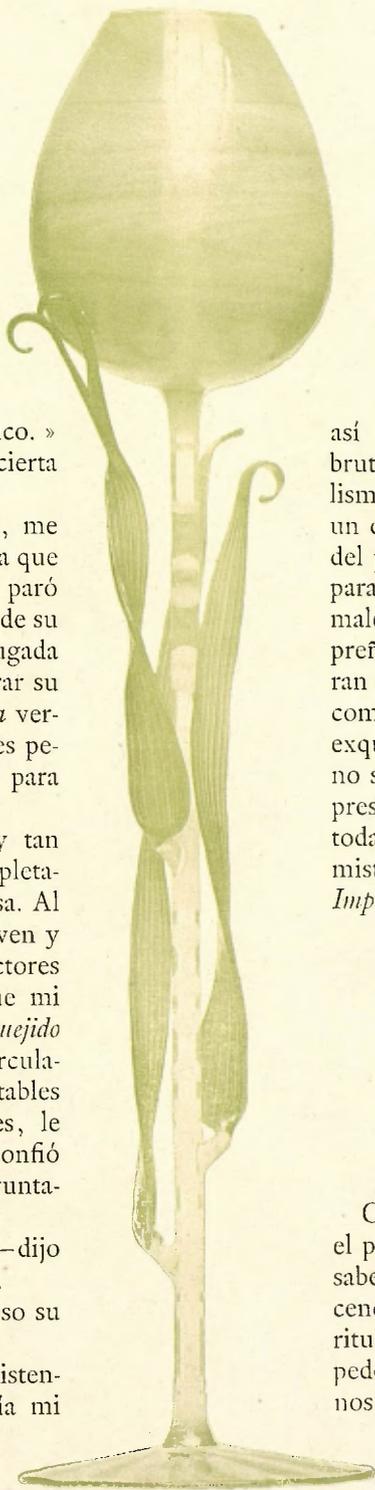
Del ceniciento zénit la ceñuda,
cerrada cerrazón cercana cruje;
El viento ruje...
con brutal elocuencia tartamuda;
Y el pastor suda...
En tanto que el espectro virginal
Sibilante suspira y sideral.

Claro está que no se comprende lo que el poeta quiso decir; tal vez ni él mismo lo sabe; ¿pero no constituye esa incognoscencia un verdadero encanto para los espíritus superiores, justamente hastiados de las pedestres claridades á que, hasta la fecha, nos acostumbraron los poetas?...

Y aquí voy á poner fin á mi tarea: el libro está escrito; el prólogo también; venga ahora un editor y sabrá

España que, desde hoy, cuenta con un verdadero artista en pensamientos largos y en líneas cortas.

JUAN BUSCÓN





LA FIESTA DEL ARBOL

La hermosa y patriótica idea sustentada por D. Rafael Puig y Valls y propagada por sus esfuerzos y perseverancia, tuvo una realización brillante en la tarde del 31 de Abril próximo pasado. La prensa diaria barcelonesa dió cuenta exacta y detallada de una fiesta que debe considerarse como la inauguración y comienzo de otras iguales, inspiradas en el mismo pensamiento: no hemos, por consiguiente, de reproducir aquí descripciones ya conocidas de nuestros lectores: la ceremonia, que ceremonia fué, aunque revestida de un caracter de poesía que raras veces tienen los actos oficiales, correspondió á la belleza de la idea y á lo noble del propósito. Hagamos votos, para que una empresa tan bien iniciada y tan bien acogida en sus comienzos, tenga imitadores en toda España; para que los Municipios de la Península, que tanto pueden y deben hacer en esta materia, hagan lo que



DR. D. BARTOLOMÉ ROBERT

ha hecho el ejemplo», hay que decir, modificando ligeramente, un antiguo refrán. Del implacable adversario, con quien nuestro menguado destino nos puso frente á frente, en lucha desigual, y que tan cara nos ha hecho pagar su fácil victoria, debemos imitar los procedimientos; no intentando crear poderosas flotas, cosa que nuestra pobreza nos tiene vedado, sino haciendo brotar gérmenes de prosperidad y de riqueza, de allí mismo donde reinaban la esterilidad y la desolación. También los yankees habían acometido con ciega obstinación ese destructor empeño de la tala sistemática, implacable, estúpida, que arranca inmensas extensiones de arbolado para convertirlas en terrenos de cultivo: al tesoro bienhechor y positivo creado por la naturaleza, sustitúan el tesoro nacido de la mano del hombre, tesoro efímero y ficticio que en pocos años cambiaba las condiciones climatológicas del país, empobrecía el caudal de los ríos, agotaba los manantiales, suprimía las lluvias. La mal entendida codicia del plantador americano ocasionaba los mismos efectos que en nuestra patria han venido causando el avaricioso afán del labrador y la lamentable imprevisión del gobernante. Pero aquella gente eminentemente práctica vió á tiempo el desastre y se esforzó al punto en contenerlo. Y entonces, de aquella raza materializada, brutalmente ávida, cuyo feroz industrialismo no se ha parado

«Del enemigo ... el

ejemplo», hay que decir, modificando ligeramente, un antiguo refrán. Del implacable adversario, con quien nuestro menguado destino nos puso frente á frente, en lucha desigual, y que tan cara nos ha hecho pagar su fácil victoria, debemos imitar los procedimientos; no intentando crear poderosas flotas, cosa que nuestra pobreza nos tiene vedado, sino haciendo brotar gérmenes de prosperidad y de riqueza, de allí mismo donde reinaban la esterilidad y la desolación. También los yankees habían acometido con ciega obstinación ese destructor empeño de la tala sistemática, implacable, estúpida, que arranca inmensas extensiones de arbolado para convertirlas en terrenos de cultivo: al tesoro bienhechor y positivo creado por la naturaleza, sustitúan el tesoro nacido de la mano del hombre, tesoro efímero y ficticio que en pocos años cambiaba las condiciones climatológicas del país, empobrecía el caudal de los ríos, agotaba los manantiales, suprimía las lluvias. La mal entendida codicia del plantador americano ocasionaba los mismos efectos que en nuestra patria han venido causando el avaricioso afán del labrador y la lamentable imprevisión del gobernante. Pero aquella gente eminentemente práctica vió á tiempo el desastre y se esforzó al punto en contenerlo. Y entonces, de aquella raza materializada, brutalmente ávida, cuyo feroz industrialismo no se ha parado



D. RAFAEL PUIG Y VALLS



comarcas la benéfica misión que le confió la Providencia y de que le privó la mano torpemente destructora del hombre.

Á la del niño, mano debil todavía, pero destinada á mayores esfuerzos, se ha querido confiar la replantación de estos hoy humildes tallos que un día han de cim-

brearse gallardos y vigorosos: y en esta parte de la fiesta resplandece también una idea digna de sincero aplauso; un símbolo lleno de poesía, á la par que de práctica utilidad. Que la fuerza aún vacilante de la infancia sirva de apoyo y de protección á la infancia del arbol; que dos generaciones, humana la una, vegetal la otra, suban, crezcan y se desarrollen ufanas, unidas por el *padrinazgo* que aquella dispensa á esa: más tarde, el arbol ya erguido y dotado de potente vida pagará con creces la deuda contraída con el hombre. Quiera Dios, y quieran nuestros compatriotas, que la Fiesta del Arbol prospere; que el ejemplo dado en Madrid, en Barcelona, en algunas otras localidades, encuentre el eco que merecen todas las nobles ideas. Si todas las comarcas de España, si las grandes poblaciones, como las pequeñas aldeas, solemnizáran esa fiesta y aportáran á su celebración y á su mantenimiento los mismos entusiasmos, las mismas aficiones que rodean á ciertos espectáculos llamados «nacionales», habriase dado un paso inmenso en el problema de la regeneración material y también moral de este país. Nada tan aplicable á esto, como el axioma que dice que «pequeñas causas producen grandes efectos».

ante ningún género de consideraciones ni de obstáculos, surgió un pensamiento delicado, de una poesía encantadora: la Fiesta del Arbol quedó instituída y desde la región de Nebraska, en donde fué primeramente acogida, cundió por todos los Estados de la Unión. Sus resultados han sido inmensos; la reconstitución forestal se ha convertido, de simple propósito que fué un día, en obra consumada, que no se detiene un momento y prosigue su marcha fecunda y salvadora. Desde 1872, en que dicha fiesta quedó inaugurada, se han plantado en el Norte América 327 millones de árboles, al amparo de esa tutelar institución; esa replantación representa por si sola un caudal enorme: un valor aproximado de 600 millones de dollars; cuanto al valor indirecto, al representado por los lucros inmensos que la agricultura nacional reporta de ese inmenso arbolado, es incalculable. Como incalculable sería también el que en nuestra España podríamos sacar, si, con buena voluntad y firme perseverancia, se consiguiera poco á poco que el arbol, pobre ser casi proscrito de nuestros montes y de nuestras llanuras, volviese, como antaño, á crecer, á desarrollarse, á ejercer en nuestras

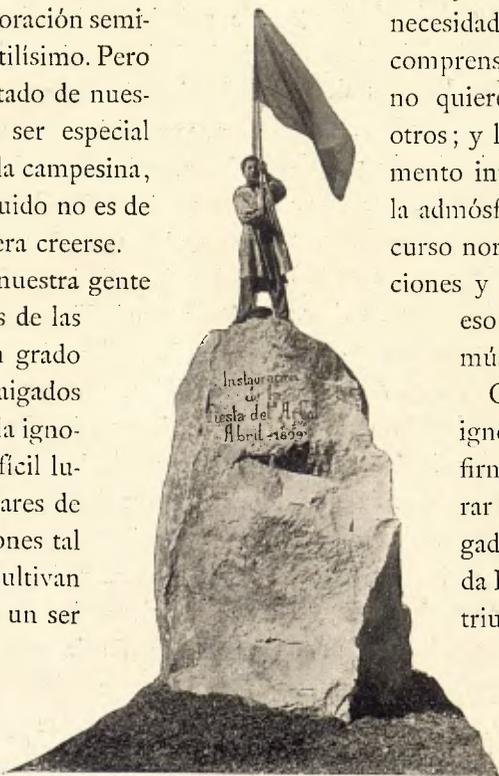


No se nos oculta, que esa empresa ha de encontrar dificultades y que han de pasar algunos años, antes de que se logre, aún en una pequeña parte, el fin deseado. Parece, á primera vista, que ha de ser cosa relativamente fácil el propagar la *Fiesta del Arbol*, el interesar á los municipios españoles, para que secunden el movimiento iniciado y el encontrar millares de niños que alentados por la idea de una diversión, siempre grata á la infantil edad, presten su colaboración semi-inconsciente á un pensamiento utilísimo. Pero si considera con atención el estado de nuestras costumbres y el modo de ser especial de nuestra raza, singularmente la campesina, se verá que el propósito perseguido no es de tan fácil realización como pudiera creerse.

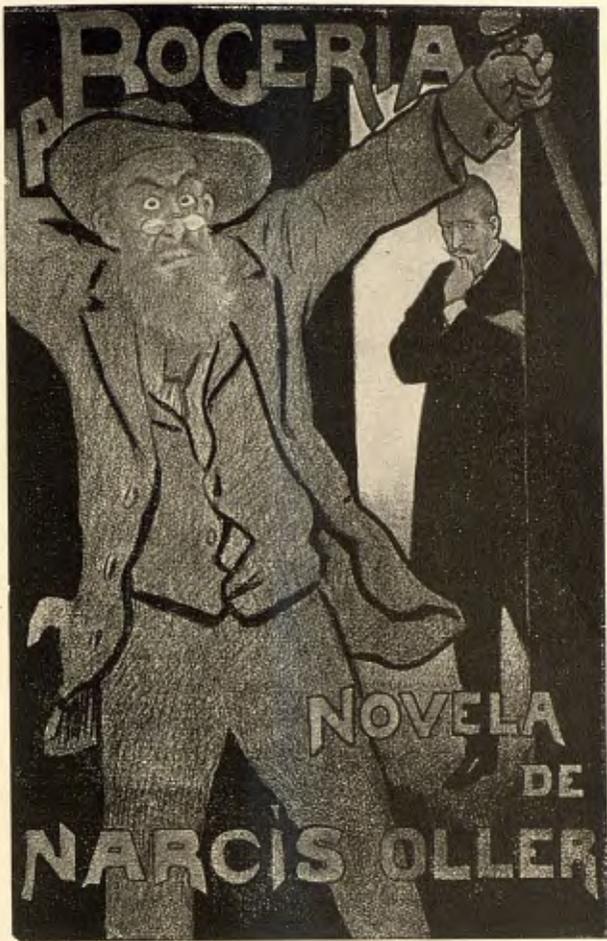
Á la inercia característica de nuestra gente aldeana, inercia que en muchas de las provincias españolas llega á un grado inverosímil, hay que añadir arraigados prejuicios, frutos inevitables de la ignorancia, contra los cuales será difícil luchar victoriosamente. Para millares de nuestros labradores—para millones tal vez—especialmente los que cultivan tierras de producto, el arbol es un ser inútil: más que inútil, perjudicial; viene á ser algo así, como un intruso, un zángano que ocupa, sin dar beneficio alguno, un

espacio de tierra mal aprovechado. La extensión que llena el bosque umbroso se le antoja un desperdicio de ganancias: «¿no sería mejor, piensa, que donde crecen troncos cuyo corte solo reditua algún escaso beneficio, muy de tarde en tarde, y ramas de las que únicamente se hace leña seca, crecieran ufanos sembrados ó fértiles cepas?» ...Esto es lo que vé, por regla general, el labrador, y no vé más que esto. La utilidad, la necesidad del arbol y del bosque escapan á su comprensión: aparte de los árboles frutales, no quiere admitir que sean indispensables otros; y lo de que la riqueza forestal sea elemento imprescindible para la oxigenación de la admósfera, la regularidad de las lluvias, el curso normal de los ríos, para evitar inundaciones y para asegurar las cosechas... todo eso suele ser, para su espíritu atrasado, música celestial y charla pura.

Contra esa preocupación y contra esa ignorancia hay que luchar, y luchar de firme. Y la *Fiesta del Arbol* podrá cooperar eficazmente á destruir errores arraigados. Si se consigue propagarla por toda España, se habrá conseguido un gran triunfo, ya que con fiestas se logra más que con leyes y que á los hombres se les convence más por los ojos y por el sentimiento, que por el cerebro y por la razón.



OBRA DE SENSACIÓ



Un hermós tomo d'unas 200 pàgines **3 PESSETAS** De venda en las principals llibrerías



OBRAS COMPLETAS

DE

PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

- | | |
|--|--|
| 1. Los hombres de pro,
<i>con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.</i> | 8. Bocetos al temple.
Tipos trashumantes. |
| 2. El buey suelto... | 9. Sotileza. |
| 3. Don Gonzalo González de la Gonzalera. | 10. El sabor de la tierra. |
| 4. De tal palo, tal astilla. | 11. La puchera. |
| 5. Escenas montañosas. | 12. La Montálvez. |
| 6. Tipos y paisajes. | 13. Pedro Sánchez. |
| 7. Esbozos y rasguños. | 14. Nubes de estío. |
| | 15. Peñas arriba. |
| | 16. Al primer vuelo. |

— FUERA DE LA COLECCIÓN —

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º, 3 pesetas*

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º, 5 pesetas*

DISCURSOS
leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º, 2 pesetas

JIMENEZ & LAMOTHE

OLD BRANDY
COGNAC
PURO DE VINO



MALAGA
MANZANARES



DE
VENTA
EN
TODAS
PARTES

AZULEJOS

CARTON PIEDRA

Patente de invención en España y el Extranjero

Nuevo elemento para la decoración de chimeneas, frisos, artesanos, muebles & c.

1899
Pídase
el
Catálogo

No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles
59 Bailén. Barcelona